

EXCELSIOR

Argentina

La Iglesia y la Unidad Nacional

(Clarín, Buenos Aires)

LA carta que dirigió el Papa Paulo VI al arzobispo de La Plata con motivo de sus bodas de plata episcopales, especialmente por su contenido conceptuoso e inusual para estos casos constituye un acontecimiento que trasciende lo meramente personal. Que el Santo Padre haya llamado a monseñor Antonio José Plaza "una guía de santidad a quien queremos que sigan muchos con afán de emulación" es sin duda un honor para el alto prelado, pero de esas palabras y del extenso mensaje es posible hacer otra lectura que va más allá de la cálida y encomiástica enumeración de los méritos del destinatario. Y lo es especialmente en estos momentos de la vida nacional. Cuando las opiniones que se reciben del exterior suelen traernos desánimo y cuando el balance de cómo nos ve el mundo es negativo, es reconfortante que desde la más alta cátedra espiritual del orbe se haya prestado esa atención a un personaje argentino.

No hay duda de que al Papa no se le ha escapado la trascendencia pública de un mensaje de esa naturaleza, y es evidente que por mucha que sea su simpatía personal por el arzobispo, ha pensado en toda la Iglesia y toda la comunidad argentinas. Algunos episodios y noticias, que no es del caso analizar acá, indican claramente que los principales círculos dirigentes del mundo se desentienden en estos momentos de los problemas de la Argentina. Se piensa allí que nuestro país, toda una promesa hace algunas décadas, carece de relevancia y de interés desde el punto de vista de las relaciones inter-

nacionales. En algunos casos se piensa que es una opacidad momentánea y que nuestra estrella puede volver a brillar, pero en la mayoría se verifica el dato de nuestra pérdida de posiciones y se razona sin mayores miramientos que prestar atención a la Argentina no constituye prioridad para ninguna cancillería. Desde luego que esos juicios no contemplan la potencialidad del país y su capacidad de recuperación a partir de ciertas decisiones nacionales que más tarde o más temprano deberán adoptarse.

En ese contexto debemos valorar el mensaje pontificio y la excepcionalidad de su contenido. En la Santa Sede se ha pensado en nosotros a través de uno de nuestros obispos. No es por cierto sorprendente. Desde el Vaticano no se aprecian las situaciones nacionales con el criterio de las capitales laicas. Pero igual reconforta. Nuestro peso como nación sin duda no ha estado ausente en las consideraciones que determinaron el envío de esa carta.

Y el tema nos lleva a considerar el papel de la Iglesia en el proceso argentino. Para ello conviene subrayar que uno de los párrafos del mensaje se refiere específicamente al compromiso temporal con que monseñor Plaza ha abordado siempre sus tareas episcopales. Y también recordar que desde los comienzos de la nacionalidad, la Iglesia ha acompañado los procesos que fueron conformando nuestra nacionalidad. Sus miembros, cristianos ecuménicos pero también hombres con vocación nacional, siempre han estado atentos al pulso del país. Han atendido con ello a la naturaleza misma de la labor pastoral, que no puede aislarse de los problemas temporales.

Las palabras del Papa refuerzan esa línea. Indican un camino que sin duda el clero argentino está dispuesto a recorrer. Y la Iglesia podrá hacer, sin duda, aportes invalorable en favor de la unidad nacional y en la dirección de superar los factores de disgregación que nos amenazan y nos atan a un estancamiento que resulta peligroso en el mundo pujante de este tiempo.